

El SECRETO de PANDORA

LOS IMPERDIBLES

SUSAN STOKES-CHAPMAN



El
SÉCRETO
de
PANDORA

Traducción de Antonio-Prometeo Moya



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2023

Para J

¡Pues quien por fin ha embarcado sin duda encuentra
un cielo sombrío, tormentas negras y vientos coléricos!
¡Cuidados, temores y angustia que acechan en la costa
y restos de desdichados cuya insensatez hizo naufragar!

SAMUEL GARTH (Dedicatoria a Richard,
conde de Burlington, en su traducción
de *Arte de amar*, de Ovidio, de 1709)

Samson (islas Sorlingas) Diciembre de 1798

No ha tenido en cuenta el peso. Ha previsto el frío y también ha pensado en el manso empuje de las aguas. ¿La oscuridad? La linterna da suficiente luz y su memoria compensa las insuficiencias de lo que ve. Pero el peso... eso es otra cosa.

La linterna es fácil de manejar. La lleva atada a la muñeca con un bramante resistente, lo que le permite mover ambas manos, pero le tira incómodamente del brazo y las rozaduras de la piel le escuecen en contacto con el agua salada. Las cuerdas que se ha enrollado en las axilas (una para lo que rescate, otra para volver a subir) son engorrosas, pero lo ayudan a mantener el equilibrio mientras desciende. Y puede soportar el lastre de buceo, aunque es voluminoso.

El problema es la escafandra, hecha de fuertes láminas de hojalata. Aunque abombada y espaciosa en la cabeza, por abajo le oprime el torso como un despiadado corsé. En cubierta no parecía tan pesada. Bajo la superficie, sin embargo, el ceñido traje de cuero, el armazón circular de hierro que se le clava, más la presión del agua y las corrientes de invierno... Pedirá más dinero cuando termine el trabajo.

Hasta el momento, la suerte lo ha acompañado esa noche. La negra cúpula del cielo aparece tachonada de estrellas y hay luna llena. Durante la tormenta tuvo cuidado de fijarse bien a su alrededor: el barco quedó encallado en los bajíos de dos pequeñas islas separadas por un istmo y con el interior sembrado de ruinas de piedra. Las ruinas resplandecen a la luz de la luna, como si fueran un faro para

su pequeño velero y, a pesar de las borrascas de diciembre, la punta del mástil que sobresale por estribor sigue siendo visible sobre las olas. No, no ha sido difícil encontrar el naufragio.

Entonces, ¿por qué tiene la sensación de que lo han conducido hasta aquel lugar?

Por suerte, los restos del barco están en aguas someras, poco profundas. No ha utilizado nunca este equipo de buceo y no se aventurará a descender a más profundidad de lo debido. Seis metros bajo la superficie. «Allí no hay peligro», piensa. Y sabe exactamente dónde mirar. Siguiendo instrucciones precisas, el objeto que busca estaba escondido bajo la amura de estribor, lejos de las demás mercancías apretujadas en la bodega, pero el barco se había partido por culpa de la tormenta; esperaba que su suerte continuara, que la caja no se hubiera alejado mucho del fondo del mar, que nadie más la hubiera encontrado.

El agua helada le aguijonea las piernas y los brazos. Embutido en el pesado traje, desciende un poco más, jadeando por el esfuerzo y lamiendo la ardiente aspereza del metal. Los tubos de aire que van desde la escafandra hasta la superficie son largos y los imagina detrás de sí como la cuerda de un ahorcado. Sostiene la linterna delante de él, mira a través de los oculares de la campana de inmersión y suspira al ver la sombra de las cuadernas del barco. Desciende otro poco, busca, observa la oscuridad entornando los ojos. Le parece oír un ruido debajo de él, algo apagado y lastimero. Vuelve la cabeza, se le taponan los oídos y sigue adelante.

Toca fondo con los pies. Bajo ellos, tierra suelta. Inclina la cabeza hacia abajo. Pero con cuidado. Le han advertido de que un movimiento demasiado brusco podía inundar de agua la escafandra. Lentamente, sí, lentamente. Ahí está. La punta de algo. Vuelve hacia la corriente impulsándose con el pie. Luego vuelve a hundirse hasta pisar el fondo marino y levanta la linterna a la altura de los ojos. A un par de metros de los restos del barco consigue distinguir las esquinas oscuras de una caja. La sangre le golpea con fuerza en los oídos. Es eso, seguro. Se acerca despacio, avanzando una pierna, luego otra, cortando el agua con los pies. Da un respingo al notar que algo le roza las espinillas y, al bajar la linterna, ve algas que bailan alrededor de sus piernas.

La caja se balancea precariamente sobre un pedrusco. Se acerca

poco a poco y vuelve a levantar la linterna. La X que trazó en un costado cuando el barco zarpó de Palermo se ve claramente incluso en aquella intensa oscuridad acuática. Durante un momento se maravilla por lo fácil que ha sido todo, pero entonces la linterna parpadea y se apaga un instante antes de volver a brillar. Sabe que no puede perder tiempo.

Se suelta el bramante de la muñeca, encaja la linterna entre dos maderos para que la corriente no le dé la vuelta, luego desenrolla una de las cuerdas que tiene alrededor de la axila y da comienzo a la penosa tarea de atar la caja. Tiene que ir con cuidado –no puede permitirse errores–, y eso que el pedrusco ha sido un golpe de suerte, porque sin él habría tenido que levantar la caja del fondo marino. Mientras trabaja, los pececillos circulan como flechas a su alrededor. En un momento dado se detiene y se esfuerza por escuchar desde dentro de las láminas metálicas de la escafandra. ¿Es un cántico? No, es la locura acuática, tiene que serlo. ¿No le habían dicho que estar bajo el agua demasiado tiempo puede ser mortal?

Pero ¿tan pronto?

Ahora trabaja más rápido, tan rápido como le permite el pesado casco. Rodea la caja con la cuerda cuatro veces y, aunque tiene los dedos entumecidos de frío, hace nudos tan fuertes que después habrá que cortar la cuerda. Una vez satisfecho, tira con fuerza de ella (una, dos veces) para enviar una señal a la superficie. La cuerda se ondula, se estira, se tensa. Entonces, con expresión de victoria, ve que la caja asciende en medio de una nube de arena en movimiento. Oye el crujido sordo de la madera, el ruido del agua agitada y, tan ahogado que cree haberlo imaginado, también el suspiro débil e inquietante de una mujer.

Londres
Enero de 1799

PRIMERA PARTE

El espíritu es en sí mismo su propia morada, puede hacer del cielo un infierno y del infierno un cielo.

JOHN MILTON

El paraíso perdido (1667)

CAPÍTULO UNO

Dora Blake lleva desde el amanecer inclinada sobre su escritorio. El taburete en el que está sentada es demasiado alto, pero se ha acostumbrado a su extraña altura. De vez en cuando deja las pinzas, se quita las gafas y se pellizca el puente de la nariz. A menudo se masajea los nudos que nota en el cuello y estira la espalda hasta que siente el placentero crujido de las vértebras.

El cuarto del desván da al norte y tiene poca luz. Para contrarrestar esa circunstancia, ha puesto el escritorio y el taburete bajo la pequeña ventana, pues el trabajo que debe hacer es complejo y la única vela de que dispone apenas da luz. Se mueve incómoda sobre el duro asiento, vuelve a ponerse las gafas y reanuda la labor, esforzándose por no hacer caso del frío. La ventana está abierta de par en par, a pesar de las temperaturas de Año Nuevo. Espera que Hermes vuelva en cualquier momento con un nuevo tesoro, algo para rematar esta última creación suya, y por ese motivo ha dejado abierta la puerta de la jaula. Los restos de su desayuno están diseminados bajo el posadero, para recompensar lo que ella espera que sea una fructífera caza matutina.

Se chupa el labio inferior apretándolo con los dientes y orienta las pinzas con el pulgar.

Imitar las filigranas de los orfebres era muy ambicioso, pero Dora es optimista. Alguien podría llamar a este optimismo mera tozudez, pero ella cree que su ambición está justificada. Sabe, sí, sabe que tiene un don y está convencida de que algún día será reconocido y de

que sus diseños se verán por toda la ciudad. Quizá por toda Europa, piensa, mientras la comisura de la boca le tiembla al colocar en su sitio un alambre especialmente diminuto. Pero entonces sacude la cabeza, intenta arrancar sus elevados sueños de las vigas carcomidas que tiene justo encima y se concentra. No servirá de nada distraerse y echar a perder horas de trabajo en el último momento.

Corta otro trozo de alambre del ovillo que pende de un clavo de la pared.

La belleza de la filigrana radica en que reproduce la delicadeza del encaje. Ha visto juegos de joyas a la venta en Rundell & Bridgely y se ha maravillado ante sus complicados diseños: un juego de collar, pendientes, pulsera, broche y diadema puede suponer meses de trabajo. Dora consideró brevemente la posibilidad de crear unos pendientes a juego a partir de su boceto, pero terminó por admitir a regañadientes que era mejor emplear el tiempo en otra cosa. Al fin y al cabo, este collar solo es un ejemplo, una forma de poner a prueba su habilidad.

—¡Ya está! —exclama, cortando el alambre sobrante con unas tijeras.

El cierre le ha estado dando guerra toda la mañana, era muy complicado, pero ya está hecho. Ha merecido la pena empezar de madrugada, sentir el dolor de espalda y el entumecimiento de las nalgas. Deja a un lado las tijeras, se sopla las manos y las frota con fuerza en el mismo momento en que una ráfaga blanca y negra baja del techo con un graznido furtivo.

Dora se echa hacia atrás y sonrío.

—Buenos días, cariño.

La urraca entra volando por la ventana y se posa suavemente en la cama. Del cuello del pájaro cuelga la pequeña bolsa de piel que le ha cosido Dora. Hermes tiene el cuello inclinado... lo que significa que lleva peso.

Ha encontrado algo.

—Vamos, ven —dice Dora, cerrando la ventana con fuerza para detener el frío invernal—. Enséñame lo que tienes.

Hermes grazna e inclina la cabeza. La bolsa se le desliza por el cuello y el pájaro retrocede sacudiendo el cuerpo. Cuando cae la bolsa, Dora alarga la mano para cogerla y palpa excitada el contenido de la desgastada piel.

Un cascajo de alfarería, una cuenta metálica, un alfiler de acero.

Todos esos objetos pueden servirle para algo; Hermes nunca la decepciona. Pero encima de la cama hay algo que atrae su atención. Lo coge y lo levanta hacia la luz.

–*Ach nai* –dice Dora–. Sí, Hermes. Es perfecto.

Es una piedra de cristal, plana y ovalada, del tamaño de un huevo pequeño. Despide, contra el cielo gris de la ciudad, un brillo azul pálido, casi lechoso. En los diseños de orfebrería, las amatistas son las piedras preferidas: el rico matiz morado resalta entre el oro, aumentando la intensidad del amarillo. Pero la piedra que más le gusta a Dora es la aguamarina. Le recuerda el cielo del Mediterráneo, la calidez de su infancia. Esta suave pieza de cristal le va a venir muy bien. Cierra la mano y nota en la palma la superficie lisa y dura. Le hace una señal a la urraca. El pájaro parpadea y salta a su puño.

–Creo que esto se merece un buen desayuno, ¿verdad?

La introduce en la jaula y la urraca barre con el pico el suelo de madera en busca de las migas de pan que su dueña le ha dejado antes. Dora le acaricia con suavidad las plumas sedosas y admira su brillo irisado.

–Tesoro mío –canturrea–. Debes de estar cansado. ¿Mejor así?

Enfrascado en la comida, Hermes no le hace caso y Dora vuelve a su mesa. Mira el collar y contempla lo que ha hecho.

Ha de confesar que no está satisfecha del todo. Su diseño, tan bellamente imaginado sobre el papel, le ha salido mediocre en la práctica. Lo que deberían ser hebras de oro en espiral son, en realidad, alambres de un gris apagado retorcidos en volutas diminutas. Lo que deberían ser perlas brillantes solo son toscos pedazos de porcelana rota.

Pero Dora tampoco había esperado que fuera exactamente como su dibujo. Le faltan las herramientas y los materiales apropiados, la técnica exacta. Pero, al menos, es un comienzo; una señal de que hay belleza en su trabajo, porque a pesar de los materiales burdos, las formas que ha ideado son elegantes. No, Dora no está satisfecha, pero sí complacida. Espera que funcione. Seguro que con aquella piedra como pieza central...

Oye un golpe, el tintineo lejano de una campana.

–¡Dora!

La voz que la llama desde tres pisos más abajo es imperiosa, crispada e impaciente. Hermes grazna en su jaula, irritado.

–Dora –exclama de nuevo la voz–. Baja y ocúpate de la tienda. Tengo cosas urgentes que hacer en el muelle.

Después del comentario se oye el golpe sordo de una puerta al cerrarse, luego otro portazo más lejos. Finalmente, silencio.

Dora suspira, tapa el collar con un pedazo de lino y deja las gafas al lado. Tendrá que añadir la piedra de cristal más tarde, cuando su tío se haya ido a dormir. La apoya en el candelero con pesar, donde oscila brevemente antes de quedar inmóvil.



El Bazar de Antigüedades Exóticas de Hezekiah Blake destaca entre el café y la mercería que lo flanquean. El escaparate, grande y rematado por un arco, sale al paso de los peatones, que a menudo se sienten obligados a detenerse debido a su gran tamaño. Pero la mayoría se queda en la calle, ya que en los últimos tiempos son pocos los que entran cuando muchos son los que se dan cuenta de que el escaparate con el marco descascarillado no tiene nada más exótico que un armario del siglo anterior y una pintura, un paisaje que recuerda a Gainsborough. Antaño establecimiento de primera, ahora solo vende imitaciones y curiosidades cubiertas de polvo que no tienen ningún atractivo para el público, y mucho menos para el coleccionista entendido. Por qué su tío tiene necesidad de hacer bajar a Dora es algo que a ella se le escapa; podría transcurrir toda la mañana sin que entrara un solo cliente.

Cuando vivía su padre, el negocio iba bien. Ella solo era una niña en aquellos años dorados, pero recuerda la clase de clientela que entraba en la tienda de los Blake. Los vizcondes corrían a Ludgate Street a solicitar que decorasen sus mansiones de Berkeley Square con un estilo que recordara las bellezas traídas de los Grand Tour. Los comerciantes prominentes no se privaban de encargarse allí algún objeto llamativo para ponerlo en sus tiendas. Los coleccionistas privados pagaban generosamente para que el padre de Dora, Elijah, y su esposa hicieran excavaciones en las ruinas de ultramar. Pero ¿ahora?

Dora cierra la puerta que separa la vivienda de la tienda. La campanilla tintinea con un caluroso saludo cuando la puerta gira sobre sus bisagras, pero ella sigue con los labios apretados. Sus idas y ve-

nidas están controladas y si no es Lottie Norris, que no le quita los ojos de encima, es la dichosa campanilla que instaló Hezekiah.

Pasa a la tienda ciñéndose el chal que le cubre los hombros. Está atestada de muebles, feos objetos dispuestos sin orden ni concierto y estanterías llenas hasta arriba de libros que no ven la luz del día desde hace diez años. Hay aparadores macizos, pegados unos a otros, con la superficie mate llena de baratijas mediocres. Pero pese al desorden, siempre queda un amplio pasillo entre las mercancías, pues al fondo de la tienda están las grandes puertas que llevan al sótano.

El refugio privado de Hezekiah.

El sótano había sido en otros tiempos el dominio de sus padres, su despacho, el lugar donde trazaban mapas de las excavaciones y restauraban objetos rotos. Pero cuando Hezekiah se mudó desde su diminuta habitación del Soho para encargarse de la tienda, lo cambió por completo y borró toda huella de sus padres hasta que de ellos solo quedaron los fugaces recuerdos de Dora. El Bazar de Blake ya no es lo que fue en otros tiempos; el negocio se ha hundido y, junto con él, su reputación.

Dora pasa una página del libro de contabilidad (solo dos transacciones la víspera) y garabatea la fecha en el margen.

Alguna venta hacen, desde luego. El dinero entra despacio a lo largo del mes, pero sin pausa, como el agua de las goteras del techo. Aun así, cada venta se basa en mentiras, en engaños del vendedor. Hezekiah aporta toda clase de historias fantásticas a sus artículos. El cofre de madera que supuestamente utilizó en 1504 un esclavista para traer a dos niños desde América lo fabricó, en realidad, un carpintero de Deptford apenas una semana atrás; los recargados candelabros que al parecer habían pertenecido a Thomas Culpeper, un personaje de los tiempos de Enrique VIII, son obra de un orfebre de Cheapside. En una ocasión, Hezekiah le vendió al dueño de un burdel un sofá de terciopelo verde asegurando que había sido propiedad de un conde francés durante la guerra de los Treinta Años, y que había sido rescatado de su «magnífico» *château* cuando este ardió hasta los cimientos. El supuesto conde era, en realidad, una viuda desesperada que se lo había vendido a Hezekiah por tres guineas para poder pagar las deudas de su difunto marido. Incluso ha amueblado las habitaciones superiores de un prostíbulo masculino con seis biombos japoneses, supuestamente del periodo Heian, aun-

que, en verdad, los pintó él mismo en el sótano de la tienda. Si los clientes se atrevieran a cuestionar la autenticidad de todos esos objetos, hace mucho que Hezekiah habría sentido el duro y frío suelo del tribunal de Old Bailey bajo las rodillas. Pero no la cuestionan. La calidad moral de esos clientes, así como sus conocimientos sobre arte y antigüedades, dejan mucho que desear.

Las falsificaciones, por lo que ha descubierto Dora con los años, no son desconocidas en los círculos de anticuarios. Es más, muchos con dinero de sobra encargan copias de objetos que han visto en el Museo Británico o han admirado en el extranjero. Pero Hezekiah... Hezekiah no admite sus imposturas y es aquí donde reside el peligro. Dora sabe cuál es el castigo por ese delito: una multa elevada, la exhibición en la picota, varios meses de prisión. El corazón le da un vuelco al pensarlo. Habría podido denunciarlo, por supuesto, pero ella depende de él: su tío y la tienda son lo único que tiene, y mientras no pueda abrirse camino en la vida por sí sola, debe quedarse, ver cómo el negocio se va hundiendo año tras año y el apellido Blake va perdiendo valor hasta desaparecer.

No todo lo que está a la venta es falso, eso lo reconoce. Las baratijas que Hezekiah ha acumulado con los años (de las cuales ella roba material a hurtadillas de vez en cuando) dan para tener unos ingresos pequeños pero constantes: botones de cristal, pipas de arcilla, diminutas polillas atrapadas en cristal soplado, soldaditos de juguete, tazas de porcelana, miniaturas pintadas... Dora vuelve a repasar el libro de contabilidad. Sí, hay ventas. Pero el dinero que entra llega justo para pagar el sueldo de Lottie y para comer, aunque Dora no sabe de dónde saca Hezekiah las monedas para financiar sus pequeños caprichos, ni tampoco quiere saberlo. Ya es bastante que haya mancillado la forma de vida que su padre les legó. Ya es bastante que el edificio se caiga en pedazos, que apenas quede nada para pagar las reparaciones. Si el lugar fuera suyo... Dora mueve la cabeza de un lado a otro para ahuyentar la melancolía, pasa un dedo por el mostrador y frunce los labios cuando ve que la yema se le ha quedado negra. ¿Es que Lottie no limpia nunca?

Como si la hubiera oído, la campanilla tintinea otra vez. Dora se vuelve y ve el rostro de la anciana por la rendija de la puerta.

—Ah, ya se ha levantado, señorita. ¿Va a desayunar? ¿O se lo ha preparado usted misma?

Dora mira con desdén al ama de llaves de Hezekiah, una mujer regordeta de labios suaves, ojos pequeños y pelo color paja. Por fuera da la sensación de encajar perfectamente en el papel, pero Lottie Norris está tan lejos de destacar en los trabajos domésticos como el tío de Dora de ser un atleta. Lottie, en opinión de Dora, es una holgazana llena de prejuicios y, como el alquitrán en el ala de una gaviota, pernicioso y difícil de sacar. Además, es toda una experta en artimañas.

–No tengo hambre.

La verdad es que sí tiene hambre. El pan se lo ha comido hace tres horas, aunque sabe que, si pide más, Lottie le irá a Hezekiah con el cuento de que ha estado robando en la despensa, y Dora no soporta los discursos hipócritas de su tío.

El ama de llaves entra en la tienda y la mira con las cejas enarcadas.

–¿No tiene hambre? Si apenas comió nada anoche, en la cena.

Dora no hace caso y levanta un dedo para enseñarle que está negro.

–¿No debería estar limpiando?

Lottie frunce el entrecejo.

–¿Aquí?

–¿A qué otro sitio podría referirme?

El ama de llaves adopta un aire burlón y agita el gordezuelo brazo como si fuera un abanico.

–Es una tienda de antigüedades, ¿no? Se supone que tienen que estar polvorientas. Ese es su encanto.

Dora vuelve la cara y frunce los labios al oír el tono de Lottie. Siempre ha tratado a Dora así, como si fuera una sirvienta y no la hija de dos respetables anticuarios y sobrina del último propietario. Detrás del mostrador, Dora pone recto el libro de contabilidad, comienza a afilar el lápiz hasta sacarle una buena punta y se traga las amargas palabras que querría pronunciar: Lottie Norris no merece el aliento que gastaría en reñirla, ni serviría de nada que lo hiciera.

–¿Está segura de que no quiere nada?

–Estoy segura –dice Dora con aire cortante.

–Pues allá usted.

La puerta empieza a cerrarse. Dora deja el lápiz.

–¿Lottie? –La puerta se detiene–. ¿Qué hay en el muelle para que mi tío me haya dejado al frente de la tienda?

El ama de llaves vacila y se rasca la nariz.

–¿Cómo voy a saberlo? –dice, pero mientras la puerta se cierra tras ella y la campanilla infernal tintinea, Dora cree que Lottie lo sabe muy bien.

CAPÍTULO DOS

Creed Lane está abarrotada, es como una herida cubierta de gusanos.

El tráfico parece haber desbordado el hinchado estómago de Ludgate Street para desparramarse por las calles laterales con la violencia de una riada. El olor característico de la ciudad parece más punzante en los barrios cercanos: hollín y hortalizas mustias, pescado que se pudre. El hombre lleva un pañuelo pegado con firmeza a la boca y la nariz. Cuando por fin sale a la cuesta de Puddle Dock Hill, relativamente más tranquila, Hezekiah Blake echa a andar a toda la velocidad que le permite su corpulencia.

La carta (arrugada después de haberla leído tantas veces) había llegado más de dos semanas atrás, y habiendo calculado el tiempo que podrían tardar en recorrer esa distancia, esperaba que los Coombe hubieran llegado ya; la paciencia de Hezekiah estaba disminuyendo peligrosamente.

Reduciendo la velocidad, aparta el pañuelo y trata de recuperar el aliento. Su inclinación a la pereza se nota en el fofo volumen de su cuerpo, aunque a los cincuenta y dos años le parece algo muy normal: es lógico esperar que un hombre con una trayectoria comercial tan larga como la suya disfrute de lo cosechado en el trabajo. Se tira de la peluca, ladea el ala del último sombrero que ha comprado y pasa la mano por el chaleco de muselina que le aprieta la redonda barriga. Desde luego, lamenta no tener más libertad para mimarse (¡los lujos que podría permitirse!), pero pronto, piensa con una sonrisa, pronto